

Las rutas del espíritu

{ CIUDADES SAGRADAS }

Peregrinos de distintas religiones han sido promotores de las rutas más antiguas de la humanidad. Del Vaticano a La Meca, de Lhasa a Puri, cada uno de estos lugares guarda una energía difícil de igualar por otros destinos.

Por Maribel Herruzo

Muchos viajes, aquellos que crearon un movimiento importante de personas alrededor del mundo, fueron promovidos por las creencias y la fe. Estos recorridos, más espirituales que espaciales, se han heredado a lo largo de la historia y comparten hoy su energía con otras necesidades más mundanas, con curiosos y viajeros que no se resisten a vivir una experiencia más allá de contemplar la belleza de un paisaje embriagador o de una arquitectura milenaria.

Un sacerdote ortodoxo ilumina el interior del Santo Sepulcro.

La Meca

NORTE DE LOS CINCO REZOS

La Meca, la ciudad con mayor número de peregrinos del planeta, solamente podríamos acceder si fuéramos musulmanes. Así, hay que bucear en las fuentes documentales para adentrarnos en ese mundo oculto tras los muros de la mezquita al-Haram, donde se encuentra la mítica Kaaba. La Meca fue centro de encuentro de varias religiones antes del advenimiento del islam, aunque desde hace 1400 años es lugar de culto exclusivo de esta fe. Los fieles deben realizar siete vueltas completas a la estructura cúbica de la Kaaba, partiendo de la Piedra Negra y en sentido contrario a las agujas del reloj simultáneamente, como un remolino humano que parece no detenerse jamás.

Durante los cinco días de la Hajj o peregrinación principal, más de dos millones de musulmanes se concentran en el lugar hacia donde rezan todo el año cinco veces al día. Aquí nació Mahoma, quien en el año 630 de nuestra era expulsó a los mercaderes de ídolos que habían ocupado el templo para restaurar la adoración del Dios único que estableció, siglos atrás, el profeta Abraham. En los cinco días que dura la Hajj se desarrollan varios ritos que los peregrinos, llegados de los cuatro puntos cardinales, deben cumplir como uno de los cinco pilares del islam, otorgando a esta urbe un aspecto más cosmopolita que cualquier ciudad occidental. También los zocos de La Meca se benefician de esa concentración humana, en un intercambio comercial que no se ha detenido desde tiempos inmemoriales.

Millones se congregan para besar la Piedra Negra, incrustada en la esquina sudeste de la Kaaba.



Jerusalén

LA CIUDAD DE LA PAZ EN GUERRA



Esta foto:
En los rollos de la Toráh se contiene la revelación divina al pueblo judío.

Derecha:
Se dice que la estatua que resguarda el templo de Jokhang, en Lhasa, fue esculpida durante la niñez de Buda.



Lhasa

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Escondida entre las cumbres más altas del planeta se localiza Lhasa, una metrópoli que desde hace más de medio siglo son dos urbes bien distintas. Aunque los términos tibetano y budista son prácticamente sinónimos, desde que Tíbet se convirtió en una provincia china, los murmullos de las oraciones compiten con la estridencia de los autos y los gritos de los comerciantes de la etnia *han*, quienes han convertido a Lhasa en su nuevo hogar. Aun así, la capital de Tíbet y centro espiritual de los budistas mahayanos, no ha dejado de ser el poderoso imán que cada año atrae a miles de peregrinos que recorren la distancia entre sus poblaciones y el templo de Jokhang. Este recinto sagrado, ubicado de espaldas al laberinto de callejuelas que forma el barrio tibetano, hospeda la más importante estatua de Buda que, según la tradición, llevó hasta allí la princesa nepalí Chif-Zuent en el siglo VII, desde su tierra.

Localizada entre el cielo y la tierra, a 3600 metros de altitud, Lhasa (cuyo nombre significa "tierra de los dioses") está rodeada por tres círculos concéntricos que los budistas devotos transitan, desgranando sus plegarias. Cualquier viajero puede observar cómo los peregrinos hacen girar los molinos de oración situados en el templo de Jokhang, tras haber rodeado los tres perímetros que cercan la ciudad. El primer círculo, *nangkor*, rodea el templo sagrado; el segundo, *barkor*, pasa por el mercado de Lhasa; el tercero envuelve a la localidad y marca la zona a partir de la cual empieza el territorio sagrado.

Las tres religiones monoteístas más importantes del mundo se disputan la santidad de la ciudad, que ya contaba con diecinueve siglos de vida antes del nacimiento de Cristo. Citada en la *Biblia* como Salem y llamada por los egipcios Urusalimu ("la ciudad de la paz") esta urbe, cuyas raíces espirituales alcanzan a un tercio de la humanidad, ha sido conquistada once veces y destruida otras cinco, contrario a su simbólico sobrenombre. Para los musulmanes, la Cúpula de la Roca de Omar es el lugar desde el que Mahoma ascendió a los cielos. Los judíos rezan con sus rostros volcados hacia el Muro de las Lamentaciones, que marca el emplazamiento

del antiguo Templo del Rey Salomón. Para los cristianos es el lugar de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.

En ningún otro lugar se ha luchado tanto entre congéneres como entre los muros de esta localidad situada en las montañas de Judá. Y hasta aquí aún llegan creyentes de los cinco continentes, para percibir la atmósfera de esta tierra sagrada entre alambrados de espino y vigilancia uniformada. Para llegar al Muro de las Lamentaciones hay que pasar un control de seguridad que protege los gigantescos sillares del antiguo templo destruido por los romanos y que todavía son visibles al devoto y al visitante.

Los rezos hebreos ante el Muro estuvieron proscritos durante años, y fue hasta junio de 1967 que los judíos piadosos pudieron volver a orar y llorar ante este templo.

El Santo Sepulcro, lugar donde murió y fue enterrado Jesús, es el polo alrededor del cual gira la ciudad cristiana, al que se llega tras caminar por un intrincado dédalo de callejas. Posiblemente sea la parte más bella de la ciudad, como mínimo porque en esta basílica están representados todos los estilos arquitectónicos de los últimos mil años. Es un lugar rebosante de energía y, desde el siglo IV, los cristianos no han dejado de acudir a él.

Oscar Elías



Puri EN LAS PUERTAS DEL EDÉN

Aunque la más conocida es Benarés, Puri es una de las cuatro ciudades sagradas del hinduismo en la India. Situada en la Bahía de Bengala, en el estado de Orissa, fue la residencia del llamado Señor del Universo, el Señor Jagannath. A su templo del siglo XII llegan miles de peregrinos a lo largo de todo el año. No sólo el recinto es sagrado, también lo son las aguas de su playa, llamadas “puertas del cielo”, el lugar donde se lanzan las cenizas de los difuntos para que se eleven directamente al paraíso.

Aunque cualquier época del año es buena para visitarla, la metrópoli vive intensamente su carácter sacro durante los días del Festival Rath Yatra, cuando tres carros de colosales dimensiones son tirados por millares de personas en peregrinaje desde el templo Jagannath hasta el de Gundicha, para regresar nueve días después.

Izquierda:
La Basílica de San Pedro es el templo católico más grande del mundo.

Derecha:
El complejo de Jagannath, en Puri, está compuesto por al menos 120 santuarios.



El Vaticano TERRITORIO SOBERANO

También El Vaticano, ese diminuto estado soberano encerrado entre calles romanas y el río Tíber, puede visitarse en cualquier época del año. Y aunque no es en sentido estricto un lugar sagrado, desde hace siglos es la Santa Sede de la Iglesia católica, su máxima institución.

Son muchos los católicos que acuden aquí atraídos, más que por la espiritualidad del lugar, por la esperanza de poder ver y escuchar al Papa. Por eso en la hermosa plaza de San Pedro hay días en que no cabe un alfiler y, sin embargo, en ciertas mañanas de invierno, se puede pasear

sin tumultos. El aire que se respira en dichas concentraciones es más festivo que espiritual y los devotos imitan inconscientemente a los seguidores de cualquier banda musical de éxito, coreando eslóganes y elogios al representante de Dios en la tierra.

No importa si uno es creyente, para absorber el espíritu de esos lugares tan especiales sólo es necesario imaginar cuánta historia almacenan en sus calles, recorridas por los pasos cansados y, sin embargo, colmados de felicidad de quienes acudieron a ellas con el corazón abierto y repleto de fe.